

LA PUERTA DE LA CARIDAD

3era Predicación de Adviento 2022 – Cantalamessa

¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria. (Sal 24, 7). En nuestro intento de abrir las puertas a Cristo que viene, hemos llegado a la puerta más interior del “castillo interior”, la de la virtud teologal de la caridad.

Pero, ¿qué significa abrir la puerta del amor a Cristo? ¿Significa, quizás, que tomamos la iniciativa de amar a Dios? Así habrían respondido los filósofos paganos, basándose en la concepción que tenían del amor de Dios: “Dios – decía Aristóteles – mueve el mundo en cuanto es amado” . ¡En cuanto es amado, no en cuanto ama! Este punto de vista filosófico fue completamente invertido en el Nuevo Testamento: En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados... Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero (1Jn 4, 10.19).

Henri de Lubac escribió: “El mundo debe saber: la revelación del Amor cambió todo lo que había concebido de la divinidad” . Hasta el día de hoy no hemos terminado (y nunca terminaremos) de sacar todas sus consecuencias de la revolución evangélica sobre Dios como amor. El Espíritu Santo -nos enseña san Ireneo- renueva continuamente el tesoro de la revelación, junto con el vaso que lo contiene, que es la tradición de la Iglesia. Con su ayuda tratamos de comprender cuál es la consecuencia que hay de descubrir y sobre todo de vivir hacia la virtud teologal de la caridad.

Son innumerables los tratados sobre el deber y los grados del amor de Dios, es decir, sobre el “De amar a Dios”, De diligendo Deo; ¡No conozco tratados sobre el Dios que ama! La Biblia misma es un tratado sobre el Dios que ama; pero, a pesar de esto, casi siempre, cuando hablamos del “amor de Dios”, Dios es el objeto, no el sujeto del amor.

Ahora bien, es muy cierto que amar a Dios con todas las fuerzas es “el primer y mayor mandamiento”. Esto es ciertamente lo primero en el orden de los mandamientos; ¡pero el orden de los mandamientos no es el primer orden, el que está por encima de todo! Antes del orden de los mandamientos, está el orden de la gracia, es decir, del amor gratuito de Dios. El mandamiento mismo se funda en el don; el deber de amar a Dios se basa en ser amados por Dios: “Nosotros amamos porque él nos amó primero”, nos acaba de recordar el evangelista Juan. Esta es la novedad de la fe cristiana con respecto a cualquier ética basada en el “deber”, o en el “imperativo categórico”. Nunca debemos perderlo de vista.

Abrir la puerta del amor a Cristo significa, pues, algo muy específico: acoger el amor de Dios, creer en el amor. “Hemos reconocido y creído en el amor que Dios nos tiene”, escribe Juan en el mismo contexto (1 Jn 4,16). La Navidad es la manifestación – literalmente, la epifanía – de la bondad y el amor de Dios por el mundo: “Se ha manifestado (ephephane) la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres”, escribe San Pablo. Y otra vez: “Se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre” (Tit 2, 11; 3, 4).

Lo más importante que se debe hacer en Navidad es recibir con asombro el don infinito del amor de Dios. Cuando se recibe un regalo, no es delicado presentar inmediatamente con la otra mano su propio regalo, tal vez ya preparado de antemano. Uno inevitablemente da la impresión de querer pagar de inmediato. Primero, es necesario honrar el regalo que se recibe y su donante, con asombro y gratitud. Después -casi avergonzándose y con modestia- uno puede abrir su regalo, como si fuese una nada, comparado a lo que se ha recibido. (¡Para Dios, nuestro regalo es, en realidad, menos que nada!).

Lo que debemos hacer, ante todo, en Navidad es creer en el amor de Dios por nosotros. El acto de caridad tradicional, al menos en el rezo privado y personal, a veces no debería comenzar con las palabras: "Dios mío, te amo con todo mi corazón", sino: "Dios mío, creo con todo mi corazón que me amas".

Parece algo fácil. En cambio, es una de las cosas más difíciles del mundo. El hombre tiende más a ser activo que pasivo, a hacer que a dejarse hacer. Inconscientemente no queremos ser deudores, sino acreedores. Sí, queremos el amor de Dios, pero como recompensa, más que como regalo. De este modo, sin embargo, se produce insensiblemente un desplazamiento y un vuelco: en primer lugar, por encima de todo, en el lugar del don, se pone el deber, en el lugar de la gracia, la ley, en el lugar de la fe, obras. "¡Hemos creído en el amor que Dios nos tiene!". Este es un grito para el cual debemos reunir todas nuestras fuerzas y ser violentos. Yo lo llamo "fe incrédula": fe que no puede convencerse de lo que cree, aunque lo crea. Dios - el Eterno, el Ser, el Todo - me ama y me cuida, ¡pequeña nada perdida en la inmensidad del universo y de la historia! Solo podemos exclamar con el poeta Leopardi: "Y naufragar me es dulce en este mar".

Hay que volverse niño para creer en el amor. Los niños creen en el amor, pero no en base a razonamientos. Por instinto, por naturaleza. Nacen llenos de confianza en el amor de sus padres. Les piden a sus padres las cosas que necesitan, tal vez incluso pateando, pero la suposición tácita no es que se lo hayan ganado; es que ellos son los hijos y que un día serán los herederos de todo. Es sobre todo por eso que Jesús recomienda tantas veces hacerse como niños para entrar en su Reino.

Pero no es fácil volver a ser niño. La experiencia, la amargura, las desilusiones de la vida nos hacen cautelosos, prudentes, a veces cínicos. Todos somos un poco como Nicodemo. "¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo cuando es viejo?" (Jn 3, 4). ¿Cómo podemos emocionarnos de nuevo, asombrarnos en Navidad como los niños? Pero, ¿qué le respondió Jesús a Nicodemo? "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios" (Jn 3, 5).

Esto no es el resultado del esfuerzo y de la iniciativa nuestra, no es una excitación momentánea del corazón; es la obra del Espíritu Santo. Jesús no habla aquí sólo del bautismo; al menos no sólo el bautismo en agua. Se trata de un renacimiento y de un bautismo "en el Espíritu", o "de lo alto" (Jn 3, 3), que puede renovarse varias veces a lo largo de la vida. Fue lo que vivieron los apóstoles y discípulos en Pentecostés y que también nosotros debemos desear para conocer en alguna medida ese "nuevo Pentecostés" que el Papa San Juan XXIII pidió a Dios para toda la Iglesia al anunciar el Concilio.

Lo esencial de Pentecostés está contenido en estas palabras del versículo 4 del segundo capítulo de los Hechos: "Se llenaron todos de Espíritu Santo". ¿Qué significa esta breve frase que hemos escuchado miles de veces? "Todos fueron llenos del Espíritu Santo": está bien: pero ¿qué es el Espíritu Santo? Es el amor –dice la teología– con el que el Padre ama al Hijo y con el que el Hijo ama al Padre. Decimos más libremente: es la vida, la dulzura, el fuego, todo lo que fluye en la Trinidad, porque el amor es todas estas cosas juntas y en grado infinito.

Así que decir que "todos fueron llenos del Espíritu Santo" es como decir que todos fueron llenos del amor de Dios. Tuvieron una experiencia exhilarante de ser amados por Dios. Al morir, Cristo había destruido la pared divisoria del pecado y ahora el amor de Dios pudo finalmente derramarse sobre los apóstoles y discípulos, sumergiéndolos en un océano de paz y felicidad. Al decir que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5), San Pablo sólo describe – de forma sintética más que narrativa – el acontecimiento de Pentecostés, actualizado, para cada uno, en el bautismo.

El amor de Dios tiene un aspecto objetivo que llamamos gracia santificante o caridad infus; pero implica también un elemento subjetivo, una repercusión existencial, como está en la naturaleza misma del amor. No era, como estamos acostumbrados a pensar, algo puramente objetivo u ontológico, de lo cual la persona no tiene conciencia. ¡El regalo del "nuevo corazón" no sucedió bajo anestesia general, como los trasplantes de corazón normales! Lo vemos por el cambio repentino que se produce en ellos. No más miedos, rivalidad, timidez; hombres nuevos, dispuestos a emprender los caminos del mundo y dar la vida por Cristo.

"La caridad edifica"

El discurso sobre la virtud teologal del amor ciertamente no termina en este punto. Sería un discurso inacabado, como una prótasis a la que no sigue la apódosis. La prótasis es: "Si Dios nos amara tanto..."; la apódosis, o la consecuencia, es: "también nosotros debemos amarlo y amarnos los unos a los otros". Pero tenemos tantas oportunidades de hablar del ejercicio de la caridad que por una vez podemos dejar de lado el "deber" para ocuparnos sólo del "don". Me limitaré entonces a unas breves consideraciones sobre las implicaciones eclesiales y sociales de la virtud teologal de la caridad.

Se dice de ella que "edifica": "El conocimiento engríe, mientras que el amor edifica" (1 Cor 8, 2). Ante todo, edifica el edificio de Dios que es la Iglesia. "Realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo... se procura el crecimiento, para construcción de sí mismo en el amor" (Ef. 4, 15-16).

La caridad es lo que constituye la realidad invisible de la Iglesia, la *societas sanctorum*, o comunión de los santos, como la llama Agustín. Es la realidad del sacramento (la *res sacramenti*), el sentido del signo que es la Iglesia visible. "La caridad permanece", dice San Pablo (1 Cor 13,13). Es lo único que permanece. Una vez que cesan las Escrituras, la fe, la esperanza, los carismas, los ministerios y todo lo demás, queda la caridad. Todo desaparecerá, como cuando se desmonta el andamio que sirvió para construir un edificio

y este aparece en todo su esplendor.

Durante cierto tiempo, en la antigüedad, toda la realidad de la Iglesia se designaba con el simple término de caridad, ágape. Esto trae inmediatamente a la mente la famosa frase de San Ignacio de Antioquía: "La Iglesia de Roma es la que preside la caridad (ágape)". Esta frase suele usarse en función de la primacía de Roma y del Papa. Pero ella afirma no sólo el hecho de la primacía ("preside"), sino también su naturaleza, o el modo de ejercerla ("en la caridad"). Es lo que hizo la Iglesia de Roma en sus mejores momentos y que ciertamente se esfuerza hacer hoy, habiendo elegido -también en la nueva constitución *Praedicate Evangelium*- el diálogo fraterno, la sinodalidad y el servicio como método de gobierno.

Sin embargo, la caridad no sólo edifica a la sociedad espiritual que es la Iglesia, sino también a la sociedad civil. En su obra *La ciudad de Dios*, san Agustín explica que en la historia coexisten dos ciudades: la ciudad de Satanás, simbolizada por Babilonia, y la ciudad de Dios, simbolizada por Jerusalén. Lo que distingue a las dos compañías es el amor diferente que las anima. La primera tiene como móvil el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios (amor sui usque ad contemptum Dei), la segunda tiene como móvil el amor de Dios llevado hasta el desprecio de uno mismo (amor Dei usque ad contemptum sui).

La oposición, en este caso, es entre el amor de Dios y el amor de uno mismo. En otra obra, sin embargo, San Agustín corrige parcialmente este contraste, o al menos lo equilibra. El verdadero contraste que caracteriza a las dos ciudades, dice, no es entre el amor de Dios y el amor a uno mismo. Estos dos amores, correctamente entendidos, pueden -de hecho, deben- existir juntos. No, el verdadero contraste es interno al amor propio, y es la contradicción entre el amor exclusivo a uno mismo -amor privatus, como él lo llama- y el amor al bien común -amor socialis. Es el amor privado -es decir, el egoísmo- el que crea la ciudad de Satanás, Babilonia, y es el amor social el que crea la ciudad de Dios donde reina la armonía y la paz.

El sentimiento social nació en el suelo regado por el Evangelio, y es extraño que en los tiempos modernos se haya utilizado esta conquista como argumento para echarle en cara al cristianismo. En los primeros siglos y a lo largo de la Edad Media, el medio por excelencia, para actuar en el campo social y para salir al encuentro de los pobres, era la limosna. Es un valor bíblico y siempre conserva su actualidad. Sin embargo, ya no puede proponerse como la forma ordinaria de practicar el amor social, o el amor al bien común, porque no salvaguarda la dignidad de los pobres y los mantiene en su estado de dependencia.

Corresponde a políticos y economistas iniciar procesos estructurales que reduzcan la escandalosa brecha entre un pequeño número de mega-ricos y la muchedumbre sinfín de los desposeídos de la tierra. El medio ordinario para los cristianos es crear las condiciones en el corazón del hombre para que esto suceda. Para los implicados en el sector social, se trata de promover la llamada "doctrina social de la Iglesia". Para los empresarios cristianos, por ejemplo, significa crear puestos de trabajo, como reiteró el Santo Padre en el encuentro de Asís del pasado mes de septiembre, a los jóvenes economistas que se inspiran en su enseñanza social.

Solo el amor puede salvarnos

Antes de concluir, me gustaría mencionar otro efecto benéfico de la virtud teologal de la caridad en la sociedad en la que vivimos. La gracia, dice un famoso axioma teológico, presupone la naturaleza; no la destruye, sino que la perfecciona. Aplicado a la tercera virtud teologal, esto significa que la caridad presupone la capacidad y predisposición natural del ser humano para amar y ser amado. Esta capacidad puede salvarnos hoy de una tendencia en curso que conduciría, si no se corrige, a una verdadera “deshumanización”.

Participé en un debate público en Londres hace unos años. El moderador planteaba una serie de preguntas a varios teólogos, incluido un profesor de teología de la Universidad Americana de Yale, un obispo y un teólogo anglicanos y yo mismo. La pregunta crucial era la siguiente. Después de reemplazar las habilidades operativas del hombre con robots, la técnica ahora está a punto de reemplazar sus habilidades mentales con inteligencia artificial. ¿Qué queda, pues, de lo propio y exclusivo del ser humano? ¿Todavía hay razón para considerarlo por separado en el universo? ¿Sigue siendo indispensable, o no del todo dañino, por la naturaleza?

Cuando me tocó a mí responder, con mi inglés pobre y entrecortado, añadí una simple reflexión. Estamos trabajando, dije, en una computadora que piensa: pero ¿podemos imaginar una computadora que ama, que se conmueve con nuestras penas y se regocija con nuestras alegrías? Podemos concebir una inteligencia artificial, pero ¿podemos concebir un amor artificial? Quizá sea entonces precisamente aquí donde debemos situar lo específico de lo humano y su atributo inalienable. Para un creyente bíblico, hay una razón que explica este hecho: ¡es que fuimos creados a imagen de Dios, y “Dios es amor”! (1 Jn 4, 8).

A pesar de todos nuestros errores y fechorías, ¡los humanos no somos, y nunca seremos, inútiles en la tierra! Al final de sus reflexiones filosóficas sobre el peligro de la tecnología para el hombre moderno, Martin Heidegger, casi tirando la toalla, exclamó: “¡Solo un dios puede salvarnos!” Podemos parafrasear: ¡Solo el amor puede salvarnos! El amor de Dios, sin embargo, ciertamente no el nuestro.

“Un niño nació para nosotros”

Volvamos ahora nuestros pensamientos a la Navidad que está sobre nosotros. Con la venida de Cristo, el gran río de la historia ha llegado a una “esclusa” y retoma su curso en un nivel más alto. “Las cosas viejas han pasado, han nacido nuevas” (2 Cor 5,17). Se llena la gran “brecha” que separaba a Dios del hombre, al Creador de la criatura. No en vano, a partir de entonces, la historia humana se divide en “antes de Cristo” y “después de Cristo”. Hay imágenes navideñas ingenuas, pero con un significado profundo. En ellos vemos al Niño Jesús que, descalzo, sus pies en la nieve y un farol en la mano, de noche, después de llamar, espera delante de una puerta. Los paganos imaginaban el amor como un niño al que dieron el nombre de Eros. Era una representación simbólica, de hecho un ídolo. Sabemos que el amor se ha hecho verdaderamente niño; que ahora es una realidad, un evento, de hecho una persona. “El amor del Padre se hizo carne”, así parafrasea un autor del siglo II el versículo de Juan 1:14. El amor se hizo realmente niño: el niño Jesús.

“Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.” (Ap 3, 20). Abramos la puerta del corazón a ese Niño que llama. Lo más hermoso que podemos hacer en Navidad no es, decía, ofrecernos algo a Dios, sino acoger con asombro el don que Dios Padre hace al mundo de su propio Hijo.

Cuenta una leyenda que entre los pastores que fueron a ver al Niño en Nochebuena, había un pastorcillo tan pobre que no tenía nada que ofrecer a su Madre, y se hizo a un lado avergonzado. Todos compitieron para darle a María su regalo. La Madre no podía contenerlos a todos, teniendo que regir al Niño Jesús en sus brazos. Entonces, viendo al pastorcito junto a él con las manos vacías, toma al Niño y lo pone en sus brazos. No tener nada fue su suerte. ¡Hagamos que sea también nuestra suerte!

Unámonos al asombro y al gozo de la liturgia que en Navidad repite -como un hecho consumado y ya no como una simple profecía- las palabras de Isaías (9, 5):

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado:
Lleva a hombros el principado, y es su nombre:
Maravilla de Consejero, Dios fuerte,
Padre de eternidad, Príncipe de la paz.